

mento mismo de sentir los pasos de Forraqueira. Pero ni antes de eso, ni después de eso, nunca, jamás, hubo entre nosotros la menor licencia.

CHI.—¡Sólo faltaría que un autor como usted, acostumbrado a crear mil enredos para los personajes fingidos, no tuviera una explicación verosímil para defender a una persona de carne y hueso!

ROMÁN.—¡Bien, Chichito!

CHI.—¡Y dejándole a usted tres años para pensar la situación! Milagro que no me la contó usted dialogada y con frases de fulminante...

ROMÁN.—¡Bien, Chichito, bien! ¿De modo que a la fuerza tendremos que casarnos?

CHI.—Qué humorista...

ROMÁN.—¡Que unirnos!

CHI.—Para quedar ustedes medianamente, sí, señor.

ROMÁN.—¡Chichito!

CHI.—Van tres años que la Compañía lo sabe.

ROMÁN.—¡Pero si es mentira!

CHI.—No importa. La Compañía lo sabe. Y en la hipótesis absurda de que ya no estén unidos deben ustedes unirse inmediatamente, ¡pero inmediatamente, Barradas...! aunque no sea más que para darle esa satisfacción a la Compañía... ¡que bien ganada se la tiene ya, caray!

ROMÁN.—(*Desesperado*).—¡Bueno!

CHI.—Y no es usted justo con Guadalupe, cuando a todos nos consta que por usted ha roto con el juez aquel..., por usted no acepta a nadie y a usted le quiere.

ROMÁN.—¡Que no, Chichito, que no!

CHI.—¡Vaya! ¡Y no consentiríamos nosotros que ella no le quisiera a usted! ¡Sería una ingratitude!

ROMÁN.—Bien... ¡pues adelante! Yo estudiaré el caso... ya veremos como lo resuelvo... y de todos modos hágame usted ya el favor de pedirle mil perdones a la Compañía por este retraso involuntario.

CHI.—Así lo haré, sí, señor.

ESCENA X

DICHOS: ALFONSA

ALF.—Que te aguardan, Chichito...

CHI.—Un momento...

(*Mutis.*)

ROMÁN.—¿No quiere usted conversación conmigo, Alfonsa?

ALF.—(*Sentándose*).—¿Por qué no?

ROMAN.—¿Tan lejos?

ALF.—(*Yendo a su lado.*)—¿Secretitos?

ROMÁN.—Para usted no debían serlo, que muchas veces le manifesté mi profunda admiración.

ALF.—Como a todas.

ROMAN.—Algo más.

ALF.—Lo sentiría porque me precio de leal y no traiciono a una compañera.

ROMÁN.—¡Ya me va poniendo frenético esa manía de atribuirme lo que no hay!

ALF.—Pues si no háy... ¡tiene usted mala entraña, don Román!

ROMÁN.—(*Sorprendido.*)—¡Alfonsa!

ALF.—No es de alma buena el estarla perjudicando así con esa protección y esa amistad tan grande, y ese no salir de su cuarto a ninguna hora, que parece hecho de propósito para que todo el mundo se lo crea.

ROMÁN.—Tiene usted razón, Alfonsa... ¡no por que tenga usted razón sino porque la gente discurre así, y el mundo exige que las cosas sean así, y cuando no lo son nos colocamos en abierta rebeldía contra las leyes del mundo y de la gentel

ALF.—No se sulfure ¡don Román! Por mi deje usted rodar la bola.

ROMÁN.—Pues por mí, no. Hoy acaba de rodar.

ALF.—Usted verá cómo...

ESCENA XI

DICHOS: GUADALUPE

GUA.—¿Qué habláis?

ALF.—Don Román está contándome el argumento de una comedia suya.

GUA.—¿Bonita?

ALF.—Muy bonita. Tiene dos escenas preciosas. Parecen traducidas...

GUA.—Es para aquí ¿verdad?

ROMAN.—No. Llevo muchos años seguidos estrenando en este mismo teatro y conviene cambiar.

GUA.—(*Mirándole fijamente.*)—¿Te conviene cambiar de teatro?

ROMÁN.—Sí...

GUA.—(*Una pausa: mirándole.*)—Tú sabrás...

ALF.—(*Mira a Román maliciosamente y muftis.*)

GUA.—(*Acercándose con lentitud.*)—¿Por qué Román?

ROMÁN.—Se adormila el espíritu creando

siempre los mismos tipos para los mismos intérpretes.

GUA.—Es verdad... pero ahora, en tu pensamiento, esa no es la verdad que yo te pregunto.

ROMAN.—Andas llamando a la puerta de lo doloroso... ¡Cuidado, Lupita, cuidado, que pueden abrir de pronto!

GUA.—Eso busco.

ROMAN.—Entonces... llama fuerte.

GUA.—Puesto que ha llegado la hora ¡que abran de una vez!... ¡y de una vez vamos a explicarnos, Román!

(Cierra la puerta.)

ROMÁN.—¡No cierres! Pueden decir...

GUA.—Ya lo han dicho. Desprecia... y escucha. Yo no era nadie y ahora, por tí, yo no necesito a nadie y me complazco en imponerme a todos.

ROMÁN.—Haces bien al desquitarte.

GUA.—Pero esto, que es para todo el mundo, sin excepción para todo el mundo, no reza contigo.

ROMÁN.—¿Yo estoy fuera de la órbita terrestre?

GUA.—Para mí, sin discusión ninguna.

ROMÁN.—Estimas muy exageradamente lo po-

co que hice, que si tú no valieras por tí misma de nada habría servido mi buena voluntad.

GUA.—Valgo ahora, pero cuando pusiste el hombro para que subiera ya recordarás que se burlaban... y que me despedían.

ROMÁN.—Quizás; pero todo esto nos aparta del objeto principal.

GUA.—No nos aparta, no; al contrario, nos lleva. ¿Por qué deseas cambiar de teatro? Dilo claramente, Román. ¿Por que?

ROMÁN.—Pues claramente. Por tí, Guadalupe. Con toda la estimación y el grandísimo cariño que te guardo... ¡somos incompatibles! Entre bastidores hay un cuento ¡que por fuerza ha de ser historia! Y como a mí no me da la gana de que prevalezca un cuento, bellaco y ruin, a expensas de tu reputación... elijo el único sendero que me dejan libre... y me marchó, que teatros no faltarán mientras acierte con las obras.

GUA.—Ya lo sabía. Con toda la admiración y con todo el cariño que también yo tengo por tí... ¡somos incompatibles! Entre bastidores hay un cuento ¡que por fuerza ha de ser historia! Y como a mí tampoco me da la gana de que prevalezca un cuento, bellaco y ruin, a expensas de tus sentimientos y de tus conveniencias, me lle-

gó el momento dichosísimo de servirte de algo... y para que no te marches tú, me marchó yo.

ROMÁN.—¡Eso no puede ser!

GUA.—Ya he firmado.

ROMÁN.—Que has firmado, ¿el qué?

GUA.—El contrato. Voy a Barcelona en condiciones magníficas y me conviene muchísimo.

ROMÁN.—Si te conviene a ti... ya no sé decir nada en contra.

GUA.—De todas maneras habríamos de separarnos, ¿verdad? Pues en lugar de marcharte tú, perdiendo, me voy yo, ganando. Es negocio para los dos.

ROMAN.—Ahora soy yo quien dice que no te cree. Tú no marchas porque te convenga más o menos ese contrato.

GUA.—Ese es el último aspecto.

ROMÁN.—Entonces, ¿por qué?

GUA.—Por ti... por mí... y porque de una vez concluya el cuento que nos puso en evidencia a los dos. Y como ni tú ni yo pensamos en llevarlo más adelante, que termine, que termine. ¿No es eso?

ROMÁN.—(Preocupado y vacilando.)—Eso es...

GUA.—Sin culpa nuestra, nos han formado una atmósfera irrespirable. No podemos desva-

nercerla, no queremos soportarla, y decidimos poner tierra de por medio entre uno y otro. ¿No es eso?

ROMÁN.—Eso es... ¡pero si tuvieras coraje para rebelarte, Guadalupe!

GUA.—¡Coraje y alma tengo de sobra, Román!

ROMAN.—Desdeñarías la calumnia y seguiríamos así tranquilamente.

GUA.—¡Ay, no! Para eso no tengo alma...

ROMÁN.—Entonces... lo único posible y cuerdo es el apartarse.

GUA.—Tal creo...

ROMAN.—¿No será inmediatamente?

GUA.—No. Al acabar la temporada de aquí.

ROMAN.—(Una pausa.)—Al acabar la temporada, claro... (Otra pausa.) Ya hablaremos...

GUA.—Lo que quieras...

ROMAN.—(Pausa.)—Voy a ver si empiezan el ensayo...

GUA.—Ve, sí...

(Abre la puerta.)

ROMAN.—Guadalupe...

GUA.—(Desde la puerta.)—¿Qué, Román?

ROMAN.—Le prometí al autor que estaría desde el principio...

GUA.—Sí, sí. Es muy necesario ver el principio. Aun así. Muchas veces no se explica uno el final... Vaya, Román, vaya, que se lo han de agradecer.

(Se aparta, dejando libre la puerta.)

ROMAN.—*(Coge el sombrero y va saliendo muy lentamente.)*—Guadalupe... hasta luego.

GUA.—*(De espaldas, coge y arruga maquinalmente, pero sin violencia ninguna, el tapiz del cuartucho. Sin mover el cuerpo, vuelve la cabeza y sonríe forzosamente.)*—Hasta luego, Román...

(Román sale despacio, y Guadalupe oculta la cara entre los pliegues del tapiz.)

ESCENA XII

GUADALUPE. DOROTEA, después de una breve pausa.

DOR.—Mal gesto lleva don Román...

GUA.—*(A la voz de Dorotea, abandona el tapiz, sin prisa ninguna, y lentamente va a sentarse, cruzando una pierna sobre otra y cogiéndose la rodilla con las manos. Una pausa, aborta. Dorotea la mira un momento y va a sen-*

tarse a una esquina.)—Dorotea... ¿ha venido el de Barcelona?

DOR.—Dijo que vendría...

GUA.—Pues sal a butacas, y si está, que mañana, a las once, me lleve el anticipo y el contrato, que lo firmaré.

DOR.—Hace usted bien, que es magnífico. Bueno. Todo se lo merece usted, porque trabaja muy requetepreciosamente. Los hombres se vuelven locos aplaudiéndola a rabiar, y las mujeres la ponen a usted como un trapo. No se puede pedir más en tan poco tiempo, señorita.

GUA.—Ya me dirás luego lo que piensas. Anda ahora, anda.

(Mutis Dorotea por la izquierda.)

ESCENA XIII

GUADALUPE: MERITORIA

MER.—¿Da usted permiso, doña Guadalupe?

GUA.—Sí; pase usted.

MER.—Quería que hiciera usted el favor de mirarme a ver si estoy bien así...

GUA.—Muy bien; muy mona. ¿Es usted de la Compañía?

MER.—Meritoria. Debutó mañana.

GUA.—Muy bien... ¿Se habrá usted aprendido el papel?

MER.—No digo nada. Soy la que salgo a recogerle la sombrilla y los guantes.

GUA.—¡Ah!...

MER.—¡Pero tengo un miedo, doña Guadalupe!

GUA.—¿Miedo a qué?

MER.—A tropezar... A no coger bien la sombrilla... ¡No sé! Miedo a salir...

GUA.—Ya estaré al cuidado yo.

GUA.—Se lo estimaré mucho, sí, señora. En casa lo ensayé con mamá y cojo muy bien la sombrilla y los guantes... pero comprendo que no es lo mismo, porque a mamá no le tengo miedo y al público sí.

GUA.—Descuide, que atenderé yo a la salida de usted...

MER.—Muchas gracias. ¿Me pongo delantal?

GUA.—Póngaselo..

MER.—Mamá dice que me quite las sortijas...

GUA.—Quíteselas...

MER.—En el Conservatorio no nos quitaban nada.

GUA.—En el teatro. sí; ya lo irá viendo.

MER.—Muchas gracias. Servidora.

GUA.—Adiós y venga por aquí cuando quiera.

MER.—Muchas gracias. Servidora.

(Mutis tropezando.)

ESCENA XIV

GUADALUPE: DOROTEA por la izquierda, luego el AUTOR por el foro.

DOR.—Que vendrá esta misma tarde con el dinero y el contrato. Teme que de aquí a mañana se arrepienta la señorita...

GUA.—No hay cuidado.

AUTOR.—Perdone, Guadalupe, que la vuelva a chinchorrear... Hemos cortado la escena séptima del segundo acto.

GUA.—Pero hombre... ¿va usted a quitar toda la obra?

AUTOR.—Me dijo el señor Forragueira que pesaba... y usted comprenderá que si realmente pesaba, yo no podía pesar porque pasara... ¡Al revés! No podía pasar porque pesara. ¡Me traen en vilo, doña Guadalupe! ¡Son feroces!

GUA.—¡Y usted que es un papavientos...!

AUTOR.—Soy lo que usted diga... ¡pero acaban conmigo, acaban!

GUA.—No se apure tanto, que ya verá usted como todo sale perfectamente. Va usted a tener un éxito, y nosotros se la haremos con mil amores.

AUTOR.—Con mil amores, ya lo sé, y agradecidísimo... ¿Pero qué comedia van ustedes a hacer, si de la mía ya no queda nada?

DOR.—Usted tiene la culpa, porque es usted muy flojo.

AUTOR.—Muy flojo, sí, lo confieso. Tendré que acabar nombrándome un apoderado para que se pelee en mi nombre. ¡Pero todos son contra mí, carambal!

GUA.—¡No se fie usted de lo primero que le digan para lanzarse a cortar sin ton ni son! ¿O es que a usted mismo le pesa algo?

AUTOR.—Sí, señora... ¡me pesa ya el haberla escritol!

GUA.—¡No hay para amilanarse tanto, hombre! Vamos a ver... ¿qué escena es la que suprimen ahora?

AUTOR.—La séptima.

GUA.—Por la numeración no sé cuál es.

AUTOR.—Ni yo tampoco.

GUA.—¿Usted tampoco? Y entonces, ¿cómo la ha quitado usted sin enterarse?

AUTOR.—¡Porque ya no me entero de nada, doña Guadalupe! Colocaron el libro sobre una mesa, después me pusieron el lápiz en la mano, y yo, como si hubiera sido un puñal lo que me daban, cerré los ojos para no enternecerme demasiado, dije: a una... a dos... a tres... ¡y lo clavé hasta el puño en la pobre escena séptima de mi alma!

GUA.—(Riendo.)—¡Qué atrocidad!

AUTOR.—¡Guzmán el Bueno, sí, señora!

GUA.—No debía usted consentirlo.

AUTOR.—¿Y quién soy yo para imponerme? La única vez que deslicé una observación levisima, una observacioncita, un suspiro de observación, me replicaron que aquí le cortan a Galdós, le cortan a Benavente, le cortan a los Quinteros... bueno, esos son dos y tocan a mitad... En fin, señora, que por lo visto aquí no se va nadie sin un corte... y, naturalmente, yo me quedé petrificado de pavor pensando en la degollina que harían conmigo, y ya para la próxima obra—si vivo después de ésta, que lo dudo...—traeré dos comedias: una para que la representen, y otra para que la acribillen sin duelo esos Herodes.

GUA.—Hay que mirar eso muy seriamente.

AUTOR.—Como usted no intervenga...

GUA.—Intervendré.

AUTOR.—La Virgen se lo premiará... porque si voy yo solo, a mí me vuelven a dar el puñal para un nuevo parricidio... ¡y sucumbo, doña Guadalupe, sucumbo!

GUA.—Traiga el ejemplar y veremos juntos al Director.

AUTOR.—Ahora mismo.

DOR.—¡También es usted pajueta, hombre! ¿Para qué le hace usted caso a Forragueira, que es falso, más falso que Judas, más presumido que un reloj de pulsera y más tonto que hacer trampas en un solitario?

AUTOR.—Usted habla... usted habla... ¡si escribiera usted no podría ni hablar!

DOR.—¡Y arañarle al que me borrara una línea!

AUTOR.—(Marchando.)—Sí, sí...

DOR.—¡No se deje usted mandar así, tontaina! Usted lo que debe hacer, con muchísimo genio, es irse...

AUTOR.—Eso. Irme y no volver más.

DOR.—Irse al Director, ¡pajueta!... y decirle cuatro frescas. ¿Quiere usted que se las diga yo?

AUTOR.—(Espantado.)—¡¡No, no!!

(Mutis los dos.)

GUA.—La opinión de Dorotea le faltaba para volverlo tarumba...

ESCENA XV

DICHAS: ESTEBAN

EST.—¿Se puede?...

GUA.—(Volviéndose bruscamente.)—¡¡Esteban!!—(Dominándose, le tiende la mano y sonríe.)—Hola, Esteban...

EST.—Me invitaron a presenciar un ensayo y..

GUA.—No hacen falta excusas para entrar en mi cuarto. Siéntate.

EST.—Como es la primera ocasión de hablarnos después de...

GUA.—¿De qué?

EST.—¿No lo recuerdas?

GUA.—Sí...

EST.—Yo también. Mucho y muchas veces. No se borró de mi memoria el momento aquel en que truncaste nuestras relaciones.

GUA.—¿Las trunqué yo? Es verdad, sí... Pero eso va ya tan lejano que no merece removerlo como no sea para darte las gracias, porque la ruptura me trajo suerte. ¡Suerte material, pero en fin, suertel...